

LOS TRES REYES MAGOS FUERON CINCO

Melchor, Gaspar y Baltazar, es el nombre en español de los tres sabios o magos de la tradición cristiana. Melchor, Gaspar y Baltazar, son para nosotros los tres reyes magos, no así para los pueblos anglosajones cristianos quienes suelen citarlos exactamente como lo dice en su evangelio San Mateo, o sea "los tres hombres sabios de Oriente" sin especificar ni el número ni sus nombres. En dichos países la celebración también tiene lugar el 6 de enero.— Los tres regalos que los magos venidos de Oriente le llevaron al recién nacido niño Jesús, en Belén de Judá, fueron el oro, el incienso y la mirra. El incienso y la mirra son elementos aromáticos. El primero se quema en acto de adoración a Dios y la mirra se emplea para neutralizar el hedor de los cadáveres. Estos regalos simbolizan: incienso como Dios, oro como rey y mirra como a un ser mortal. Cabe aclarar que solamente un evangelio, el de Mateo, capítulo 2, versículos 1, 7, 13 y 16, nombra a los magos y que éste en ningún momento especifica cuántos fueron, ni tampoco nos da sus nombres, ni dice si fueron reyes, sabios, o astrónomos de profesión. El evangelista no hace alusión alguna al color de su piel ni a sus razas, ni asevera que provinieran de lugares diferentes. Por el contrario, dice: "luego regresaron a su país por otro camino" (Mateo, 2,12). Observe el lector que afirma: a su país, y nó a sus países. La relación de Mateo, en español, habla de magos, mientras que la misma versión, en inglés, se refiere a *wise men* que significa "hombres sabios". Me inclino más a creer en la traducción

española porque mago proviene del persa *mogus* que significa "astrólogo". Y un astrólogo podrá tener de todo, menos de sabio.—

Unos doscientos años después del nacimiento de Cristo, Orígenes (185 a 254), el teólogo egipcio, nacido en Alejandría, aseguró, sin mayor fundamento, que los magos fueron tres, explicación que ofreció sin aportar pruebas convincentes que la soportaran, y que parece un poco tardía. Un contemporáneo suyo, el cartaginés Quintus Septimius Florens Tertulianus (160 a 230) decidió conferirle arbitrariamente a los magos el rango de reyes, sin aportar la menor justificación al respecto.— Trescientos años después de la lamentable desaparición de estos eruditos, los italianos de Ravena, con esa inflamada imaginación que los ha hecho grandes, nos dicen que el trío de reyes estaba compuesto por Melchor el representante de los europeos y donante del incienso, quien era un adolescente blanco de cabellos rubios, Gaspar de piel aceitunada y ya anciano que fue a rendirle tributo al Salvador del Mundo y a entregarle el oro en representación de los pueblos asiáticos y por último Baltasar, el portador de la mirra, hombre negro de edad intermedia entre el europeo y el asiático, y que portaba la vocería de los pueblos africanos.

Los italianos olvidaron explicarnos qué hacía un europeo, un personaje del Occidente, reinando en el Oriente como sus dos compañeros, porque si de algo podemos estar seguros, es que Mateo nos explicó que los magos venían del Levante. Según otras mentes más febriles, los tres astrólogos fueron hasta la India donde el apóstol Tomás

les dio el baño bautismal, probablemente en el Ganges, y los consagró obispos. Los tres prelados fallecieron en Saba y fueron inhumados en el mismo lugar. Posteriormente la madre del emperador Constantino vino por los venerables huesos de los tres amigos y se llevó, con grandes honores, tan admirables reliquias para Milán, Italia. Pero no podía faltar un malvado teutón en esta historia. Raynaud Dassel un valido de Federico Barbarroja se robó los sagrados restos que aún portaban sus respectivas coronas y los entronizó con la pompa de rigor en la Iglesia de los Tres Reyes, en Colonia, Alemania, donde se les venera.—

Con la misma autoridad con que mintieron los honorables exégetas Orígenes, Tertuliano y los italianos de Ravena, yo, Gabriel Azevedo Uribe-Angel, autor de estas líneas, en los albores del siglo veintiuno y animado por el piadoso afán de continuar la sagrada tradición cristiana, reclamo para mí el mismo derecho a inventar y afirmo, sin prueba alguna, como los anteriores, que los reyes magos fueron cinco y no tres como hasta el presente se ha dicho, y que los dos que faltan, fueron, a saber: Tazmanian, hombre alto, peinado al estilo afro, de cabellos y ojos muy negros, quien a la mañana siguiente de la visita de los mencionados vino a visitar al niño Josué en representación de los neozelandeses y australianos, entregándole a los padres del tierno infante una suave piel de cangura para que lo abrigasen y un bumerán para que, ya mayorcito, se deleitara jugando con tan útil y entretenido artefacto. La piel simboliza la Trinidad, porque la dueña portó dos canguritos recién nacidos en su bolsa marsupial, y el bumerán obviamente

significa que el hombre parte raudo de las manos de su Hacedor para volver algún día a las mismas.—

El quinto y último en arribar, en un frío y brumoso atardecer invernal, fue un joven llamado Sudacán, de complexión mediana, tez bronceada, ojos pardos, pelo lacio y hermosa sonrisa. Fue providencial su llegada. De haber tardado quince minutos más ya no los habría encontrado, porque la pareja estaba liando sus escasas pertenencias, urgida por la necesidad de aprovechar las sombras y marcharse, presto, a la tierra de los faraones. Sudacán, según expresó con su melódico acento, venía desde un continente remoto, desconocido, allende un inmenso mar, para rendirle los debidos respetos a la Sagrada Familia, en nombre de los pueblos que representaba. Traía una vicuña y una llama enbridadas. El par de animales, de bella pelambre, portaba cestas otavaleñas de lianas artísticamente entretejidas y coloreadas, conteniendo sólidas herramientas de plata del Potosí expresamente forjadas por los quechuas para el taller de José; una fina diadema de obsidiana con incrustaciones de oscuras esmeraldas de Muzo, labrada por el mejor artífice maya, para sostener la espléndida cabellera de Miriam, y unas sandalias pequeñas para la divina criatura, bordadas primorosamente en cuero de ñandú, por dos mujeres patagonas. Por último, Sudacán extrajo de uno de los cestos una porción de los deliciosos forrajes con que alimentaba a sus camélidos para regalársela al manso buey y le ofreció una generosa porción de su maíz tierno y desgranado a la hambrienta mula. Mariam y Yosiphja - sus auténticos nombres - se habían encariñado con dichos animales; pero como la pareja era honrada, debieron dejarlos en el establo, ya

que no les pertenecían. Con tristeza infinita los sencillos emigrantes se despidieron de la mula y el buey.

Es evidente que las ofrendas de Sudacán, el más humilde del quinteto de sabios, magos o reyes, carecen de todo valor simbólico; pero no es menos palmario que les fueron de enorme utilidad durante y al término de su periplo, porque la llama fue un invaluable medio para transportar los regalos recibidos y sus escasos bártulos. La vicuña, por su parte, cargó pacientemente a la virgen y el niño abrigándolos con sus calurosas lanas durante el sigiloso y gélido viaje nocturno, ya que de día descansaban a la sombra de los sicomoros para defenderse de los candentes rayos del astro rey. Sudacán, por supuesto, los acompañó hasta dejarlos, sanos y salvos, en el vecino Egipto. Luego, emprendió su larga odisea de regreso hasta su tierra natal, situada en algún punto entre la meseta de Nasca y las alturas de Machu Pichu.—

Hasta aquí, mi breve y sincero aporte a la tradición cristiana. Confío que para el 5947 de nuestra era, algún teólogo lea esta historia, la tome con la debida seriedad y por orden del señor Obispo de Roma, empiezen a celebrar, como es debido, la fiesta de los cinco reyes magos. Estoy convencido que la bula papal exigirá que, en la misma proporción en que aumentó el número reyes, deberá incrementarse la cantidad de juguetes y golosinas para los chicos.

Gabriel Azevedo Uribe